

Hernando Domínguez Camargo (1606 - 1659)

Escribe: JAIME PEREA RODRIGUEZ

Es el diecisiete un siglo más en el que la mayor parte de los hombres limita su vida a comer, beber, dormir, negociar en busca de bienes materiales y gozar esporádicamente de su sexo. Sin embargo en cada sitio poblado del planeta hay una minoría que se esfuerza por superar la vida ordinaria y con vehemente tesón ejecuta obras que afirmarán la calidad del hombre como criatura superior. En Europa, por ejemplo, esas minorías se cuentan por millares; en la desconocida y pequeña aldea de los Andes, los bogotanos de excepción son apenas un puñado. Al comenzar la dicha centuria García Zorro vive catorce y más horas diarias pensando en do, re, mi... Rodríguez Freyle muele terrones en Guatavita y elabora mentalmente su cronicón sobre la capital. Otro bogotano, Hernando Arias de Ugarte, brillante abogado graduado en Madrid, que ha sido auditor de guerra del ejército de Aragón, oidor en Panamá, oidor en La Plata, corregidor en Potosí, oidor en Lima, se ordena sacerdote y pocos años después lo nombrarán obispo de Quito, más tarde arzobispo de Santafé y será tan hábil que un español seco como lo es el presidente del Nuevo Reino de Granada, don Juan de Borja, escribe al rey de España lo siguiente sobre Arias: "...*En ninguna parte de Las Indias hay sujeto que se le aventaje en el celo y en la ejecución y cumplimiento de su cargo y obligaciones, y no sé si ponga en duda poderse hallar quien le iguale. A todo el reino y a los comarcanos de él, admira y asombra su cuidadoso y urgente proceder...*". Diríase que en estas palabras se sintetiza un concepto aplicable a los centenares de bogotanos que durante los cuatro siglos subsiguientes brillarán en todos los campos: "admira y asombra su cuidadoso y urgente proceder".

Unos meses después de que se fundara el segundo instituto de educación superior en Colombia, el colegio de San Bartolomé (el primero fue la Universidad de Santo Tomás en 1580), nació en la misma Bogotá un niño que llegaría a ser uno de los grandes poetas de América: Hernando Domínguez Camargo.

Al morir su padre, Hernando Domínguez García, que se había empeñado en hacer de su hijo un caballero, adiestrándolo en las buenas maneras, en la distinción de los buenos vinos, en la combinación ideal de manjares, etc., su madre, Catalina Camargo (momposina), que le enseñara las primeras letras y lo indujera a la lectura de sermones, al aprendizaje de cantos al Señor y a la Virgen, acudió al recién nombrado arzobispo Arias de Ugarte, amigo de la casa, que pues el padre del prelado era oriundo del mismo pueblo del esposo fallecido, y le pidió una recomendación para el muchacho. El arzobispo habló con el aspirante y le sorprendió su inteligencia. Para cerrar la entrevista Arias dijo: Yo también nací en esta ciudad, soy criollo, pero sé que es posible triunfar si se lucha con tenacidad y se logra el apoyo de la Iglesia.

Luego él mismo lo llevó al San Bartolomé y lo recomendó al rector. Al cabo de dos años Domínguez llega a ser el más destacado estudiante del claustro, pero entonces muere su madre y lo deja solo en el mundo. En adelante su única familia será la de los jesuitas. Estos que estiman por sobre todo las dotes intelectuales lo prohijan, mas el muchacho enseñará un carácter raro, se tornará poco sociable o, mejor dicho, al no encontrar afinidad se alejará de los compañeros; afinidad difícil porque los temas preferidos del joven sensual, sobre los que discute demasiado, interesan poco a los otros: la consistencia, el color, el aroma, el sabor de las frutas; el esplendor, la delicadeza, la fragancia de las flores; la variedad de matices que exhiben los crepúsculos; el encantador gorjeo de los pájaros; la fruición en el roce con la piel de los gatos o si no, por otra parte, especula durante horas sobre retórica, gramática o filosofía, materias en las que brilla como el mejor estudiante.

El seminarista cada vez está más solo. Anhela el regreso del arzobispo Arias que lleva mucho tiempo viajando por todos los rincones del Nuevo Reino. Sueña Domínguez con otros

cielos, otras gentes, otro ambiente, desea conocer el mar. Y el arzobispo vuelve. En una de las pocas salidas a la calle, Domínguez se las ingenia para ver a su acudiente y le confiesa sus pretensiones. Haré que te manden a Cartagena —promete el comprensivo maestro—.

Qué de peripecias en ese viaje y de nuevas emociones. Y al fin el mar ilímite como su imaginación. En el colegio de Cartagena conocerá y estimará a un maduro jesuita de fuerte personalidad, aunque de índole opuesta a la suya: es un asceta, un santo, pero él también simpatiza con Domínguez. Se llama Pedro Claver y dará qué hablar en los próximos siglos. Claver le revela su condición al decirle un día: Domínguez eres un poeta. Profeta, el virtuoso. Domínguez ha culminado los estudios que se imparten en aquel colegio y aspira a un doctorado. Los superiores estiman que lo merece y lo envían a Lima, donde recibirá un par de años después el grado de doctor en filosofía. Aunque se ha moderado, en el fondo sigue siendo un gozador de la vida y eso no escapa a los mil ojos de la comunidad. ¿Qué hacer con el padre Domínguez? Lima es ciudad encantadora y con demasiadas tentaciones. En cambio Guayaquil, villa pequeña, necesita un profesor de retórica. Es el sitio. Domínguez le encuentra ventajas: vivir pacífico y tiempo libre para leer. Allí topará con un libro definitivo en su vida. "*Soleidades*" del poeta cordobés Luis de Góngora y Argote que ha poco murió en España. Libro nuevo y diferente. Góngora lo cambia todo, trastrueca el orden lógico de los clásicos, es el rey del hipérbaton, arbitra ricas imágenes. Domínguez lo relee una y otra vez y adhiere al gongorismo. Será discípulo de Góngora pero con luz propia y muchas veces superará al maestro.

Por otro lado, en la candente ciudad tendida al costado del viril río Guayas, halla entre sus alumnos un seminarista guayaquileño que se hará ferviente admirador de su talento: se llama Antonio Bastidas y como Domínguez muestra decidido amor por la poesía. Empero el trato que se entabla por consonancia tiene sus reservas dadas las diferencias de jerarquía y edad: Domínguez es el doctor, el catedrático de 23 años; Bastidas tiene nueve años menos y es el alumno. Mas Domínguez no olvidará jamás la franqueza en los elogios de este joven y treinta años después en Tunja, al redactar su testamento, ruega

que sus escritos inéditos, mejor dicho toda su obra, sea enviada a la casa jesuita en Quito donde ejerce la cátedra el padre Bastidas. Sabia decisión.

Entre tanto en Guayaquil el joven doctor superdotado quiere probarlo todo. Cualquier día escribe un poema y da su visión de Venus corriendo por el bosque:

*“Juega la túnica al viento
y entre nube holandá expone
relámpagos de marfil
migajas de perfecciones...”*

¡Por Dios, padre Domínguez! Lo trasladan a Quito, centro de recogimiento. El siente la prevención de la Compañía en contra suya y se apena porque la ama, pero sabe que no renunciará al goce puro de sus cinco sentidos. Pensando en conciliar esta disyuntiva proyecta en Quito un poema que abarca la vida del fundador de los jesuitas, para demostrar su amor a la Compañía y de paso, sutil y alegóricamente, participar que la vida ofrece en variadas circunstancias goces sensuales. Pero una cosa es concebir y otra consumir. El resto de la vida trabajará cada vez que pueda sobre ese poema. Interín continuará llenándose de vivencias, algunas de las cuales comunicará como aquella que le inspiró “el salto por donde se despeña el arroyo de Chillo”:

*“Corre arrogante un arroyo
por entre peñas y riscos,
que enjaezado de perlas
es un potro cristalino...”*

Buscando la tónica para su futuro magno poema sobre San Ignacio, una tarde suelta ante sus compañeros un par de versos en alabanza a los senos de la Virgen que escandalizan a los sacerdotes:

*“Los pechos, donde Lince amor atiende,
dos cúpulas del templo de Hermosura...”*

El considerado exabrupto llega a oídos de los altos jerarcas. Es el colmo. El padre Domínguez debe salir de la Compañía. Que decidan en Santafé de Bogotá. El padre Domínguez, que

no tiene prisa, ruega que le permitan regresar por el mismo camino marítimo pues desea saludar y despedirse de sus hermanos en Cartagena de Indias, la ciudad amurallada a la cual cantara:

*“Esta de nuestra América pupila,
de salebrosas lágrimas bañada,
que al mar las bebe, al mar se las destila,
de un párpado de piedra bien cerrada....”*

Los superiores aceptan. Pero a Cartagena llega para persistir en su avidez por las cosas deleitosas de la vida. Hace negocios y en los bajeles que arriban de Europa adquiere finas ropas, madurados vinos y una que otra joya. No más dilaciones, que regrese a Bogotá.

Rinde viaje pues en su antigua casa: el colegio de San Bartolomé o universidad Javeriana. Algunos de sus pretéritos condiscípulos, ahora catedráticos, lo informan de novedades. A Domínguez le interesa el caso de un seminarista bogotano, hijo de carpintero, quien, según los profesores, les recuerda la juventud de Domínguez, porque el muchacho, llamado Lucas Fernández de Piedrahíta, exhibe inteligencia fuera de lo común y marcada disposición por la poesía. Domínguez habla con él y le dice: su eminencia Arias de Ugarte me enseñó alguna vez que para nosotros los criollos la mejor opción es hacer carrera en la Iglesia. Persevera pues, muchacho, y si insistes en la poesía, cultívala como vicio solitario. Por este raro consejo Fernández guardaría gratitud constante y ya sacerdote, unos quince años después, buscaría la oportunidad de ayudar a Domínguez para un mejor curato, ofreciéndose a reemplazarlo en Paipa. Domínguez tampoco olvidó el gesto y en su testamento dejó un legado para Fernández. Este, por lo demás, se inscribe en los fastos colombianos como pulido historiador y singular arzobispo de Santa Marta y de Panamá.

La Compañía ha dispuesto que Domínguez, el sibarita, debe salir de la hermandad y le pide su dimisión. Es que, encima de todo, en el viaje de Cartagena a Bogotá hizo migas con alto funcionario español recién nombrado nada menos que presidente de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada, hombre de inteligencia encendida, catador de poesía y buenos

vinos, exquisito gastrónomo, dicharachero cordial, parrandista, buscapleitos, jugador y máxime mujeriego de antología, uno de esos grandes sinvergüenzas que hacen historia, y el padre Domínguez lo ha secundado y hasta le ha compuesto picante soneto a este Don Martín de Saavedra y Guzmán.

El padre Domínguez, clérigo suelto, necesita consolidar el sustento para poder hundirse algún tiempo en la obra que le obsede. Tiene un tesoro: además de su innato talento es maestro en filosofía, gramática, artes, teología. Y para la diócesis hacen falta párrocos bien preparados. Obtiene humilde y lejana parroquia de indios, la de Gachetá. No importa. Algunas horas le quedarán para trabajar con enorme responsabilidad en su obra:

*“y porque a siglo y siglo este constante,
en cada letra gastaré un diamante...”.*

Lucubrará con lentitud y precisión. Cincelador de la frase o del verso, jamás será popular. En seis palabras, por ejemplo, inmortaliza poéticamente a la insignificante luciérnaga:

“Es de la luna destilada gota”.

Por otra parte organiza bien la parroquia y las autoridades eclesiásticas lo saben. Entonces que ordene otra: Tocancipá. Después de los oficios religiosos y de su voluntario trabajo social se encierra en la casa cural. Entonces, otro ejemplo, sublima la rosa:

*“La que, coral la cresta, rubí el pelo,
el gallo fue del prado y los olores...”.*

Pasan lentos y monótonos los años. Por fortuna algunos pocos amigos le remiten libros que Domínguez relee. Se dispone que asesore durante unos meses al cura de Guatavita. De tal atisbo deja un soneto imperecedero donde el fino humor bogotano destila veneno:

*“Un mentir a lo pulpo, sin pepita,
un médico que cura sabañones,
un capitán jurista y sin calzones;
una trapaza convertida en dita...”.*

De allí lo destinan a Paipa, idílico vergel, pero sin mayores vecinos, es decir poco productivo. Y luego, por intervención del padre Fernández de Piedrahíta quien se ofreció para reemplazarlo, a Turmequé, aldehuela de tierra fría, mas curato codiciado dada la extensión que cubría, donde avanza mucho en su magna obra, donde logra acumular buenos pesos, donde redacta el incisivo ensayo crítico conocido como *“Invectiva Apologética”* y donde prosigue sus copiosas lecturas. Del acto de leer nos legará un par de versos, síntesis perfecta:

*“...las señas que las letras imprimieron
en los ojos, caminos para el alma...”.*

Es en Turmequé donde lee el romance del sacerdote español Hortencio Félix Paravicino a la muerte de Cristo, que le inspira otro sobre igual tema:

*“En dos cruzados maderos,
nudosos monstruos del bosque,
que aun para leños son rudos,
si para troncos disformes,
con más heridas que miembros
vinculado miro a un hombre...”.*

Este suyo se lo regala a un amigo tunjano que lo visita y algún tiempo después llega a manos de Domínguez un tercer romance sobre igual tema, compuesto por un español residiendo en Tunja que no lo firma. Es velada burla a los poemas de Paravicino y de Domínguez y ello da pie para que el cáustico ex-jesuita escriba la dicha *“Invectiva Apologética”*. Veamos una muestra de la epispástica prosa:

“Bien ha menester decir que es español el que acaba este romance, al cabo de las treinta y tres coplas, porque el buen romance está tan desfigurado de habla que no lo conocerá la lengua que lo parió. El no es romance linajudo de voces ni hidalgo de frasis, ni sabe lo que pesca, ni lo que romancea; y es mucho que haya acabado con su habla española y no de avenida repentina de vizcainadas, ni de muerte súpita de malas concordancias....”.

Al cabo de las quinientas, alguien en la Iglesia, dice que el éxodo del doctor Domínguez Camargo por villorrios ha sido demasiado y lo nombran beneficiado de la catedral de Tunja, un centro donde hay, así sea restricto, acceso a la cultura, gente que sabe vivir y que respeta el arte desde hace más de medio siglo, cuando otro beneficiado de la misma catedral, don Juan de Castellanos, escribió el poema más extenso de la lengua española; en Tunja hay bibliotecas, viven letrados, músicos y pintores. Así pues, que trece o catorce años después de abandonar a Bogotá, vuelve a la vida urbana el cultísimo hombre. Cuando llega a Tunja tiene más o menos 45 años de edad; es flaco, de regular estatura y movimientos armónicos; la piel de su agradable rostro es trigueña, su pelo ensortijado y canoso, barbas y bigotes grises, que no ocultan la estereotipia de maliciosa sonrisa; detrás de anteojos sin orejeras, similares a los que usara el otro su maestro, el escritor y poeta madrileño recientemente muerto en una España decadente que vivió como excepcional testigo, anteojos que pasaron a la historia con el nombre de 'quevedos', fulgían los picarescos zarcos ojos de Domínguez. No estará sobre la tierra otro decenio, pero en los años que le restan, además de continuar pergeñando su Poema Heroico, tendrá tiempo para hacer algunos negocios, adquirir ciertos bienes y darse la vida que siempre amó:

*“Fatigada la mesa largas horas,
los huéspedes la alivian, siempre urbanos,
y en sudor de azahar, seis ninfas Floras
derrotan ojos, cuando inundan manos...”*

De su Poema Heroico había escrito 1.117 octavas, cuando lo sorprendió Atropos. 1.117 octavas que a siete años de su muerte (1666) amorosamente publicaría aquel su discípulo en Guayaquil, el padre Antonio Bastidas, después de ordenarlas y buscar con paciencia quien pagara la edición, hasta encontrar un fraile rico, don Antonio Navarro Navarrete, que haría imprimir el libro en Madrid.

El padre Bastidas, poeta también, anhela figurar al lado del “refulgente sol”, como él llama a su maestro Domínguez. Entonces selecciona algunos escritos suyos y de dos buenos amigos: uno que solo firma como “anónimo jesuita” y otro gua-

yaquileño, don Jacinto de Evia, hombre rico, vinculado a la Compañía, quien correría con los gastos. Del “grande y heroico numen”, como también le dice Bastidas a Domínguez, elige el soneto a don Martín de Saavedra y Guzmán, los romances “Al arroyo de Chillo”, “A la muerte de Adonis”, y a “La Pasión de Cristo”, el poema “A Cartagena de Indias” y la “Invectiva Apologética”. Reúne este material en un libro que titula “*Ramillete de varias flores poéticas*” y edita en Madrid en 1676. En el mismo año, el escritor Juan Flórez de Ocariz, radicado en Santafé de Bogotá, publica en su “*Libro segundo de las genealogías del Nuevo Reino de Granada*” el famoso soneto “A Guatavita”.

Pero la obra de Domínguez no trasciende a la sazón. Durante un largo siglo será olvidada, hasta cuando el sabio cubano-bogotano que fundó el periodismo en Colombia y dio vida a la Biblioteca Nacional, don Manuel del Socorro Rodríguez, rescata fragmentos que publica por 1792 en su “Papel Periódico de Santafé de Bogotá” precedidos de exclamaciones sobre Domínguez como ésta: “¡Oh, el mayor de los ingenios americanos!”. Por supuesto despierta cierto interés, sino que el buen vino no solo es deleite de pocos paladares y vendrá otro largo siglo de olvido hasta 1927 cuando en España el gran poeta y crítico Gerardo Diego dice algo desconcertante en boca de un español: “...el modelo (de Domínguez Camargo) es Góngora, pero esta vez casi nos atrevemos a decir que el maestro queda superado por el alumno”. Poco tiempo después el comentarista argentino Emilio Carilla escribe un libro sobre la obra de Domínguez y sitúa a éste: “...al lado de los más famosos nombres de la poesía castellana”. Al otro extremo de América Latina el juicioso glosador mexicano Joaquín Antonio Peñaloza anota: “Si se atiende a los hallazgos poéticos y al acabado de la poesía, muéstrase infatigable. A cada octava centella la metáfora de cuño personalísimo, se encadenan las imágenes en largo collar de perlas netas, rebrillan las expresiones cuidadosamente elegidas, y ondula y hierve en consonancia la inspiración y la expresión para engendrar, a última instancia, una poesía compleja, intensa y fastuosa”. Y en Europa, en Florencia, Italia, el profesor Giovanni Meo Zilio, lanza también su libro sobre Domínguez: “... revela (Domínguez) una personalidad aristo-

crática y desdeñosa, susceptible y rebelde, solitaria y soberana, declaradamente consciente de su potencia". ¡Cómo no! Mi doctor Domínguez lo sabía:

*"Para el dictamen tuyo soberano,
bronces enrubie el sol con rayo oculto;
un mármol pario, y otro, bruño ufano,
en que rinda el cincel, el ritmo culto..."*

1.117 octavas reales de su Poema Heroico a San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, había escrito Domínguez cuando lo sorprendió la muerte.

8.936 versos de rara elaboración y pulimento maestro que no se entregan en su profundo significado sino después de varias lecturas y reflexión sobre los mismos. En tal creación se encierra un mundo. He aquí una pequeña muestra tomada al azar:

(CANTO 1, ESTROFA 1)

*Si al de tu lira néctar armonioso
dulces metros le debo, heroica ahora,
en número se inspira más nervoso,
los que, Euterpe, le bebes a la aurora;
al clarín ya, de acero numeroso,
plumas le den del cisne, voz sonora:
que el Vizcaíno Marte es tan guerrero,
que aun melodías las querrá de acero.*

.....

(1, X)

*Este, pues, pollo heroico, que en la España
dos lo engendraron águilas reales,
sin palparle al sol ni una pestaña,
ojos legitimó a su estirpe iguales;
nido de nobles plumas le enmaraña
Guipúzcoa, que con lazos conyugales
una sangre mezcló y otra española:
noble la Balda y noble la Loyola.*

.....

(1, XI)

*Su tálamo ilustró la copia hermosa
de estrellas doce, en que lució la tea
última a Ignacio, mas tan luminosa,
que de su carro el sol su luz apea:
porque a su luz, su luz aún no es lustrosa,
y en su hermosura, su hermosura es fea
conque Ignacio por sol, por astro Febo,
zodiaco en el orbe ilustra nuevo.*

.....

(1, XXVI)

*La opulencia excedió, para el bautismo,
límites a la pompa: cuya fuente
mucha cátedra es en poco abismo,
donde la gracia corrigió elocuente
del mal latín de Adán el barbarismo,
que en la escuela aprendió de la serpiente;
el agua, pues, que al hombre Dios sublima,
es en la fe la cátedra de prima.*

.....

(1, XLVI)

*Aqueste al niño le embistió la boca,
"Ignacio", pronunció su lengua bella,
y el que al pasmo vistió miembros de roca,
al golpe de su luz dio una centella;
cada lengua a su habla se revoca,
y en cada voz un sacramento sella,
y en la cabeza a Ignacio el agua agota
el nombre, letra a letra, gota a gota.*

(1, XLVII)

*Menos regocijó llama improvisa
en turbulenta noche, en mar sonante,
cuando en voces de luz la orilla avisa
huya de incierto mar, al naufragante,
que suspensión determinó indecisa
el nombre ardiente que voceó el infante;
pues con su eco el nácar encendido,
si la vista lo oyó, lo vio el oído.*

.....

(2, LXXIX)

*La que, mucha beldad, en breve nudo
oprimió la niñez, rompen los días,
y, joven rosa, desatarse pudo
en purpúreas de Ignacio lozanías.
Venus, la más valiente, embrace escudo:
que en esta, amor enseña tiranías,
rosa, a cuyo esplendor, cuyos blasones,
trasladó para espinas sus arpones.*

(2, LXXX)

*Suavemente membrudo el joven era,
si armado Adonis, si vestido Marte;
sortijosa tejió su cabellera,
de la noche y el sol ambigua parte:
fragua luciente, ungida reverbera
al culto aliño en que, estudiosa, el arte
ámbares muchos le peinó dorados
o le adobó crepúsculos hilados.*

.....

(2, XCIII)

*Este, pues, caos, en quien trocó la muerte
saetas con amor, joven gallardo
habita Ignacio, sin que amor acierte
(ciego al fin) a clavarle solo un dardo.
Marte era el joven: Marte, mas tan fuerte,
que, afecto a Venus, no flaqueó bastardo;
ni como el otro Marte, en su batalla,
de conchas hizo de la mar su malla.*

.....

(2, CXII)

*A sus laureles hojas escudriñe,
y su grama mural deje talada
Pallas para su frente, en quien ya ciñe
tan fuerte pluma como docta espada;
la sangre aquesta, el néctar la otra tiñe,
acero sea suave, o pluma airada,
pues (Parnaso la tienda) Ignacio extrema
al vice-Cristo Pedro, alto poema.*

.....

(3, CXXVII)

*¡Oh, pólvora, invención de áspid humano!
¡Oh, químico tudesco, que enemigo
a la vida fatal, labró tu mano
en polvo poco un siglo de castigo
contra el mayor esfuerzo, pues su grano
es del cobarde apetecido abrigo,
donde imperiosa el arte al fuego apura,
y reduce centellas a clausura!*

.....

(3, CLXXIX)

*Su esfera gira en su sangrienta espuma,
la pluma tiñe en el rubí su gloria,
y la tinta le ofrece con la pluma
al volumen heroico de su historia:
no tiempo habrá que su esplendor consuma,
que a sus letras es tabla la memoria;
y por de Ignacio, que la dio constante,
es ya su sangre tinta de diamante.*

.....

(4, CCXXXI)

*Tendió al alma la red su suave,
y en todo el cuerpo la investiga apenas,
que es pez el alma que nadar no sabe
sino en los hondos ríos de las venas:
solo en la sangre su elemento cabe:
flacas las carnes son, sin ella, arenas;
de estos la saca Pedro altos agravios
a la purpúrea orilla de los labios.*

.....

(LIBRO 2, CANTO 1, ESTROFA X)

*Vulgo de pajes se desata inquieto
y el fantástico libro solicita,
el camarín divulga más secreto
y la más muerta alhaja resucita;
mas, al lince escrutinio, alto decreto
con ceguedad de topo lo limita;
y del tiempo y del polvo relajado,
un libro sacro se encontró el cuidado.*

.....

(L. 2, C. 1, E. XXII)

*Un océano en perlas dividido,
tierna desensartó cada pupila;
cada gota un incendio es reprimido
y en cada perla un alma se destila:
los ojos cansa el llanto repetido,
y la vista en las lágrimas vacila;
y en diluvio tamaño, el alma arriba
a la clemencia que le dé la oliva.*

.....

(L. 2, C. 5, E. CLXIII)

*Siete veces el sol la pira dora
en que durmió la noche sepultada,
y otras tantas la noche en la urna llora
en que la luz del sol durmió enterrada;
y ayuno Ignacio tan valiente ora,
con afecto y con voz tan alentada,
que si clamar el risco no lo oyera,
que era risco, como él, se persuadiera.*

.....

(L. 2, C. 5, E. CCVII)

*La que armónica allí le rayó idea,
el Arquitecto Soberano quiere
que norma ya de aquella ilustre sea
fábrica, a quien Ignacio se refiere
artífice segundo, a quien arrea
del orden sumo que de aquella infiere
planta del mundo, cuando Dios le fía
compañera en su nueva Compañía.*

.....

(L. 3, C. 1, E. XXVIII)

*¡Oh mar, oh tú, devorador crüento
del bien nacido leño en la montaña
que del Noto mofó soplo violento
y escarneció del Abrego la saña,
en cuyas tablas roe tu elemento
en cuanto embiste torvo, o ledo baña
tanto cadáver de velero pino,
que a su rüina lo condujo el lino!*

.....

(L. 3, C. 2, E. LIV)

*La roca besa agradecido, en tanto
que a sus cansados ojos les desata
el dulce, el tierno, el armonioso llanto
uno y otro raudal de undosa plata:
por aqueste y aquel pelado canto
menos lübrica sierpe se dilata,
que de la barba a las pendientes peñas
hilos corren de perlas halagüeñas.*

.....

(L. 3, C. 3, E. CXL)

*Cuando el que débil descansar pudiera
de púrpuras de ebúrneo augusto lecho,
polvorosa la rubia cabellera,
descalzo el pie del plomo ya deshecho,
al Jordán endereza su carrera,
del aliento impelido de su pecho,
tan leve, que su planta peregrina
ni aja la arena ni la flor inclina.*

.....

(L. 4, C. 1, E. IV)

*¿Qué zona en la Escritura, su estudiosa,
su infatigable entena no halló pía?
¿Qué escollos no venció en la tormentosa,
en la siempre agitada Teología?
¿Qué bocina, qué trópico, qué osa,
la magnitud de su compás no fía?
¿Qué tropo ya no viste nuevas flores?
¿Qué oratoria no halló nuevos primores?*

.....

(L. 4, C. 4, E. CXL)

*Cultor de las escuelas, docta pluma
a las cuestiones sacras dedicaba,
y al nieto ciego de la blanca espuma
los encendidos dardos apagaba:
de venenosas flechas mucha suma,
de que agotó su lujuriosa aljaba,
coronaban su pie; y en sus arpones,
Libias hollaba ardientes de escorpiones.*

.....

(L. 5, C. 1, E. XXI)

*¡Oh diez mancebos no, sí diez portentos,
a quienes, sacra alcándora, sustenta
el brazo de Loyola, que los vientos
de mucha purgan cuerva turbulenta!
Aquestos diez alados pensamientos
que su maestro espíritu alimenta,
entre heréticas turbas desatados,
rayos son, de su pecho fulminados.*

.....

*Sin techo, sin hogar; con indecente,
con irrisiva, con infame ropa,
tu peregrino pie el nombre luciente
infamó de Loyola en toda Europa:
depuesta así la pudorosa frente,
¿aún a mis ojos, en la obscena tropa
te mezclas, en mendigos hospitales,
a tus paternos renunciando umbrales?*

.....